Tomo 7 REPERTORIO AMERICANO Núm. 24

SAN JOSÉ, COSTA RICA 1924 JUEVES 13 DE MARZO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Lenine

Con la muerte de Lenine, confirmada oficialmente esta vez, después de tantos falsos rumores, desaparece una de las más discutidas, extraordinarias y formidables figuras que se hayan agitado sobre el escenario terrestre.

Nadie más combatido que él. Por años enteros se le pintó en todos los países como un monstruo, y la humanidad se sobrecogió de horror ante sus crímenes. Por agente pagado de los alemanes pasó mucho tiempo; de loco furioso se le trató en millares de periódicos. Su gobierno ultra socialista parecía empresa quimérica que había de derrumbarse en pocos meses, y sin embargo fué el único que se mantuvo en el poder, cuando caían y se cambiaban los gobernantes de todas las naciones, y muere cuando ya los dicterios se habían acallado y entraba su nombre en el campo de la Leyenda.

Si el genio consiste en ejercer influencia nueva, profunda y decisiva en la marcha de los sucesos humanos, en ser único y sobresalir entre todos, Lenine fué un genio, y de los más grandes que se hayan conocido. Doctrinario implacable, se aferró treinta años a un ideal absoluto; creyó en él con misticismo ilimitado cuando esa fe parecía absurda, y a su servicio puso las más prodigiosas dotes de revolucionario que puedan concebirse. Cuando todos vacilaban, él insistía; cuando todos temían, él iba al extremo de la audacia. Y si en 1917 fué en Rusia el revolucionario de acción por excelencia, el organizador y director de la revuelta que dió el poder a los bolcheviques, en los treinta años anteriores fué el revolucionario teórico desligado hasta un extremo increíble de todas las ideas y sentimientos que tradicionalmente han ido constituyendo para el hombre como una segunda naturaleza.



ULIANOF-LENIN

España, (Madrid).

Este hombrecillo calvo, con la cara arrugada, que se bambolea en una silla, riéndose de cualquier cosa, dispuesto en todo momento a dar su opinión a quien le interrumpa para pedirle un consejo—y sus opiniones son siempre tan razonables que más bien parecen órdenes categóricas— es un hombre que siente la alegría de la vida. Creo que se debe atribuir este aspecto del carácter de Lenin al hecho de que es el primer gran *leader* que descuida completamente el valor de su personalidad. No tiene ambición alguna. Además, por ser marxista, cree en el movimiento de las masas, que progresará necesariamente, con él o sin él. No cree que ningún hombre pueda hacer o detener las revoluciones. Por consiguiente, Lenin goza de una perfecta libertad de espíritu que no he conocido jamás en ningún gran hombre.

ARTURO RANSOME.

(Six Weeks in Russia).

Lenine realmente rompió con todo el mundo anterior, y declaró la guerra a cuanto ha sido considerado como base del orden social. Dentro de la nueva fe, fué un fanático insuperable, que persiguió al través de toda su vida un fin único, y a su realización lo sacrificó todo. Nada lo detuvo en su resolución de implantar el credo comunista; fué audaz en el empuje, cruel e implacable en la represión, indomable en la lucha, granítico en las convicciones.

De él decía Zinovieff que «no conocía más poder que el de un pensamiento, uno solo, pero ardientemente apasionado». Tenía todas las características del fanático, y nada más contrario que él al liberalismo. Las ideas de tolerancia, de transigencia, de moderación, pugnaban abiertamente con su celo imperioso de cruzado de una idea, y no dejó puesto para ellas en el régimen de los soviets. Jamás quiso someter a discusión sus principios comunistas, sino imponerlos, llevarlos a la práctica, arrollando cuanto a ellos se opusiera, despreciando y odiando a sus impugnadores. Era un hombre de combate, que amaba la lucha por sobre todas las cosas, agresivo e hiriente con sus adversarios, duro en la pelea, maravillosamente capacitado para ir al alma del pueblo, no con retóricas ruidosas, sino con ideas sencillas de éxito fulminante.

Según cuenta Zinovieff, no gustaba de los versos, pero había uno que acudía frecuentemente a sus labios: «Busco la aprobación—no en la dulzura de los elogios—sino en los gritos de los odios feroces». Y agrega Zinovieff: «Tal era, en efecto, su característica. Cuanto más se exas-

peraban sus enemigos, más tranquilo y seguro de sí mismo estaba Lenine».

En una página admirable, Máximo Gorki evoca la figura del apóstol comunista con impresionante relieve: «Lenine habla en las reuniones obreras. Su verbo es de una simplicidad sorprendente; sus palabras son de hierro; su lógica, de hacha, pero nunca le he oído una frase de vulgar y aparatosa elocuencia. Habla siempre de la misma cosa: de la necesidad de suprimir de raíz la desigualdad social y de los medios de conseguirlo. Esta antigua verdad vibra en sus labios con un sonido claro, implacable, y se advierte que cree en ella inquebrantablemente, que tiene la fe serena de un fanático, que no es un metafísico. Me parece que lo individual, lo humanano, apenas le interesa; que sólo piensa en los partidos, en las masas, en los Estados. En ese terreno goza de la intuición genial de un pensador experimentado. Posee esa dichosa claridad de pensamiento que sólo se obtiene a costa de una labor tenaz, ininterrumpida.

»Un francés me preguntó una vez: —¿No le parece a usted que Lenine es una guillotina que piensa?

»Y le respondí:—Yo compararía mejor el trabajo de su pensamiento al de un martillo colosal consciente, cuyos golpes redujesen a polvo lo que desde hace mucho tiempo era preciso destruir».

Un filósofo francés dedicó un libro a las ideas-fuerzas, que van labrando su camino entre los hombres, como los ríos a lo largo de la tierra. Existen ellas, sin duda, pero quizá son más eficaces y decisivos los hombres-fuerzas, que manejan esas ideas como un ariete y cuya energía ciclópea les da vida, las impone y forma con ellas una nueva conciencia. Entre esos hombres está Lenine, destructor y constructor de poder fabuloso. Pensador ignorado y solitario por más de treinta años, se reveló como un elemento de acción incontrastable; a golpes de audacia adquirió el mando que buscaba; en el ardor de la lucha, cometió muchos excesos y atacó algunas de las mejores cosas que tiene la vida, la libertad de pensar, el respeto a las ideas ajenas, pero también destruyó muchas iniquidades y echó las bases de un mundo nuevo, más propicio a los humildes, menos sujeto al peso abrumador del capitalismo.

¿Qué quedará de la obra de Lenine? A un espíritu liberal, su dictadura del proletariado parece tan odiosa y perjudicial como la antigua dictadura de los favorecidos de la fortuna, y los ideales socialistas parecen más amables y fecundos dentro del evolucionismo generoso del laborismo inglés, que al rojo resplandor del comunismo ruso.

Muere Lenine el mismo día en que el Labour Party sube al poder en Inglaterra, y hay algo de simbólico en ese hecho, que parece marcar el fin del fanatismo doctrinario y la nueva era del sereno desarrollo de un nuevo ideal. Pero en éste habrá mucho del espíritu, de la energía, de la fe ardiente que caracterizó al enorme revolucionario ruso, cuya labor marcará una etapa en la marcha de la humanidad. Si sus herederos no son como los de Alejandro; si el pueblo ruso, fría la mano que lo dirigió en los últimos años, no se entrega a la locura de la anarquía, continuará siendo el laboratorio de una civilización más humana y justiciera que la anterior y en cuyo pórtico se erguirá la figura recia, austera y violenta de este transformador de pueblos, implacable y frío como una fuerza de la naturaleza, que a un tiempo destruyó y creó y deja inscrito para siempre su nombre en los anales de la humanidad, entre luces y sombras, que tienen mucho de horror de un incendio, pero mucho también de las promesas de una aurora.

(*El Tiempo*, Bogotá).

Glosas

LENIN Y POINCARE

El paralelo entre Lenin y Poincaré acude a los puntos de mi pluma con una insistencia que puede parecer caprichosa. ¿Quién resiste, empero, a la tentación de recoger tantos rasgos de parecido como la actualidad ha ido sacando a luz y acusando con precisión creciente, entre las dos figuras de místico más poderosas, más peligrosas, que ha conocido la política contemporánea?

Si nos fijamos bien, lo último en que las dos han coincidido es en la muerte. Fallecía Lenin el lunes pasado cerca de Moscú víctima de una parálisis y de la bala de Dora Kalpan. La muerte de Poincaré se presenta mucho menos aparatosa. Le han matado—no todos lo han visto todavía— la caída brusca del franco y la triple sucesiva victoria comicial, parlamentaria, gubernamental, del laborismo inglés.

Ganancia grande, la que en todos estos acontecimientos halla nuestra Europa. Sus dos peores enemigos de los últimos tiempos, los que venían amenazando con tan graves peligros su normal existencia y a la vez sus tradiciones más claras de racionalidad noble, de clásica continuidad, acaban de recibir sendos golpes mortales. Empieza a hundirse el orientalismo ruso. Empieza a hundirse el nacionalismo francés... No ha costado poco. Fuerzas románticas las dos, venenosas suscitaciones del instinto y de lo inconsciente contra el resplandor de la inteligencia, representaban, como es natural, cada una un agente separatista, un elemento de disgregación contra la fundamental unidad europea. Bien puede decirse que máximas angustias que han oprimido el ya penoso despertar de Europa, después del mal sueño de la guerra, se han llamado Asia y Francia.

Aliviada, Europa respira. Respiremos también nosotros. La crónica nos presenta hoy, acaso por postrera vez, las dos fisonomías juntas. La cara de Lenin, la cara de Raymond Poincaré, —chatas las dos, de ojos oblicuos, de aire eslavo—¡estirpe lorena, con mezclas obscuras de estirpes de Polonia!—Y este aire vago de adormecimiento bizco que da el haber gustado excesivamente de la sangre...

LENIN Y MAC DONALD

Aquí la actualidad nos tienta más imperiosamente a las funciones del pequeño plutarquismo. Desde luego, un paralelo se impone; se ha dibujado inmediatamente en todas las conciencias. Para la esperanza, en muchas; en otras, para la aprensión y el sobresalto.

Empecemos haciendo observar que *bolchevismo* es el nombre más feo y bárbaro del mundo, al paso que no hay otro como *laborismo* en el vocabulario de la política, de corte tan clásico y gentil. Si la música y la etimología del primero nos parecen monstruosas y las del segundo tan elegantes, no es poca, por otra parte, la diferencia que separa los respectivos contenidos de concepto. Significa *bolchevismo* adición a la mayoría; cosa mecánica, de masa, número, peso. Al contrario, *laborismo* implica una principalidad atribuída al trabajo: cosa de espíritu, de virtud, maña, asiduidad. El uno, en la estrategia de la pugna social, sugiere victoria de la fuerza; el otro, victoria del arte... No vacilará en la elección el amigo de la inteligencia y de la luz.

Pero hoy no queremos encararnos con dos doctrinas, sino con dos hombres; y así como la condena de Lenin la traía nuestra aversión por su fanatismo, la sospecha sobre Mac Donald

puede imponérsenos como consecuencia de una demasiada perfección en la maña y el arte. Confesemos sinceramente que nos turba un poco la dificultad de establecer un contorno profesional específico en la vida de este personaje eminente. ¡Cuánto nos complace verle apartado, como buen occidental, del tipo turbio y para nosotros siempre equívoco, del *Profeta!*... Pero cuando no se es *Profeta* hay que ser *Artesano*. En situaciones como las que vagamente se designan con el nombre de «hombre político», de «parlamentario», de «publicista» —situaciones intermedias, ni tan románticas como el profetismo ni tan normales como la artesanía—nos cuesta trabajo encontrar una garantía suficiente para una gran obra social que cumplir. No es culpa de Mac Donald, pero no es culpa nuestra tampoco, si tantas y tan desventuradas experiencias anteriores vienen a abonar nuestra desconfianza en este sentido.

En cambio, su calidad de antiguo viajero de la información nos complace mucho. También Lenin había sido viajero. Pero no es lo mismo ir a Ginebra, tortuosamente, para conspirar, que ir a la India, sencilla y humanamente, para aprender.

LENIN Y LORD HALDANE

Mucho se ha discutido si Lenin era de procedencia noble. Sábese que su padre ejerció, en el campo, oficio de maestro o bien de inspector de escuelas. Pero unos dicen si venía de una estirpe aristocrática. Otros, de una familia de mújics... Nosotros nos inclinamos a creer lo primero.

A ello nos induce el hecho de la real eficacia revolucionaria de Lenin... Que siempre hemos sospechado ser ley constante en la historia interna de las grandes revoluciones la que atribuye en ellas papel decisivo a quienes, por su sangre al menos, no pertenecen a la clase que las agita. Es éste uno de los capítulos más interesantes de lo que podría llamarse misión y necesidad de lo heterogéneo, en la dinámica social como en la vital.

No una, varias *Jacquerie* contó en realidad Francia, en el transcurso de los siglos. ¿Por qué el pueblo no venció en ellas? Porque le faltó lo que luego la Revolución francesa tuvo; es decir, la colaboración de algunos nobles, desertores del interés de la clase, por lo que juzgaron imperativo de justicia. Estos nobles son los que siembran las ideas, conducen luego la acción popular y hasta escriben *La Marsellesa*. También la revolución rusa ha tenido sus Lunarschafty, archipatricios; tal vez sus Ulianof, que éste era el nombre de Lenin. Por esto, y únicamente por esto, pudo triunfar.

En el Ministerio laborista formado por Mac Donald figuran tres o cuatro nobles. A la cabeza de ellos, el vizconde señor de Haldane, gentilhombre y filósofo, que presidió una de las secciones del mitin filosófico de Oxford, en el otoño de 1921, y que el otro día tranquilizaba en la Cámara alta a sus pares, sobre la corrección con que iba a desarrollarse la futura actuación del laborismo gubernamental. Lord Haldane parece destinado a ser el Lunacharfsty en la tarea a cuyo frente estará Ramsay Mac Donald en vez de Lenin... Y que no se llamará revolución simplemente porque acontecerá en Inglaterra.

Eugenio d'Ors.

(*A. B. C.*, Madrid).

Como vivió Lennine, en Suiza

Del físico de Lennine yo sabía lo que todo el mundo. Era medio calvo. Y enteramente feo, como todos los hombres cuya vida interior domina sobre la exotérica. La casualidad quiso que en los años de mi permanencia en Suiza, oyera con frecuencia hablar de él, comentar, a personas que lo trataron de cerca, aspectos humildes de su existencia. Aquellas referencias, que por ser fortuitas y enteramente imparciales, ya que no venían de partidarios entusiastas ni de *camaradas*, lo presentaban como un hombre sencillo, bueno, estudioso, honorable en la pobreza, han sido para mí, más tarde, motivo de largas reflexiones. ¿Es posible que el mismo personaje bondadoso, modesto, de vivir gris, se convirtiera luego en el mongol sanguinario, hirsuto, bebedor de sangre, y cuya abracadabrante silueta se destaca hoy sobre una vasta colina de muertos? ¡Qué manojos de absurdos y de contradicciones es el hombre! ¿Acaso sabe uno nunca, en política, en amor, en la lucha de intereses, cuántos yo invisibles llevamos bajo el yo externo que se ofrece a los otros, y que en ocasiones hace creer a nuestra propia conciencia que ese yo es el único real y existente? Pero la psicología de hombre más desconcertadora es tal vez la del ruso. (Como la de la mujer eslava en general). En la Europa occidental se ha creído conocer a los rusos a través de las novelas de aquel insigne hipócrita de León Tolstoi, a través de las páginas enfermizas de Dostoiewsky, siguiendo a los vagabundos de Gorki, saboreando los cuentos exquisitos de Ivan Tourguenef, el «amable bárbaro», según la expresión de los Goncourt. Y cuando ya los teníamos clasificados, definidos, rotulados, ¡zás!, el alma eslava da una voltereta y se nos escapa, se torna ondulosa, tortuosa, inapresable y lejana como las estepas sin fin... Federico Amiel, hace más de medio siglo, escribía estas palabras en su *Journal intime:*

—«Qué peligrosos amos serían los rusos si alguna vez cayera la noche de su dominación sobre los países del mediodía! El despotismo polar, una tiranía como el mundo no ha conocido aún, muda como las tinieblas, cortante como el hielo, insensible como el bronce, con exteriores amables y el esplendor frío de la nieve, la esclavitud sin compensación ni dulzura: he ahí lo que ellos nos aportarían».

Nicolás Lennine, al desaparecer del escenario humano, reviste de una inquietante actualidad la afirmación del filósofo ginebrino. ¿Ha sido fecunda la obra del dictador? ¿Fueron útiles los crímenes por él inspirados o dirigidos? ¿Ha sido un bien su muerte y se ha ido en el momento oportuno?

Mientras el lector medita la respuesta yo he de evocar, al azar del recuerdo, detalles nimios del período en que el jefe de los Soviets vivió en la tierra de Tell. Berna es una ciudad sombría y monótona. Capital política de la Confederación, no lo es en ningún otro orden. La industria y el comercio se han refugiado en Zurich. La jarana y la risa en las riberas del Léman, en Lausana, la zig-zagueante, la de las calles empinadas, en Ginebra, la incomparable, la coqueta azul enamorada de su Lago. Pero Berna es de una irresistible belleza otoñal y los años, que allí caminan más lentos, pasan sobre nosotros adormeciéndonos en un maleficio de olvido. Lennine, desterrado por el gobierno del Czar, llegó a ella sin sospechar que en las mayas de aquel paisaje único quedarían presas su tristeza y su inquietud viajera. De cuanto oí decir de él, deduzco hoy que los días más dichosos de Nicolas Lennine transcurrieron allí. Por las mañanas se encontraba en la biblioteca municipal, roído caserón atiborrado de libros abstrusos escritos en todos los idiomas. (El hablaba correctamente el alemán, el francés, un poco de inglés). Por las tardes, algunas veces, iba a la biblioteca nacional, que contiene exclusivamente libros relacionados con Suiza. Todavía en aquella época, la primera de su largo exilio, Lennine tenía con que sufragar sus pequeñas necesidades. Era en extremo sobrio. Sus dos vicios capitales eran el té y el tabaco, pero todo eso cuesta

muy poco por allá. Escribía para revistas y periódicos de su país y, mal que bien, le pagaban. Su miseria de entonces estaba lejos de aquella desesperación a que llegó más tarde en Zurich, donde, para no morirse de hambre, tenía que fregar pisos y suplicar en los hoteles que le permitieran lavar la vajilla a cambio de un plato de *choucrute*.

Junto a Zeitglockenturm, una especie de Puerta del Sol bernesa, existe un café — *Café du Theatre* — que es el centro de todos los intelectuales de la ciudad federal. Su clientela se compone de profesores de universidad, de periodistas, de artistas pobres que por cincuenta céntimos pueden apurar una tasa de buen café y hojear publicaciones de todo el globo. Allí van también diputados y consejéros federales, y como el edificio es grande y hay numerosos compartimientos, muchos representantes diplomáticos y consulares que desean estar en contacto con la realidad circundante, frecuentan también el Café del Teatro. Es un museo de almas, un delicioso mosaico cosmopolita nuestro amado recinto de Zeitglockenturm! Lennine lo frecuentaba a diario. Yo no sé debido a qué azar, su mesa era la misma en que, dos años más tarde, habría yo de sentarme en horas de nostalgia, mientras el frío, fuera, helaba el aliento y sobre la paz de la ciudad caía la nieve. Yo fuí a aquel sitio por afinidades de idioma con uno de los concurrentes. Pero ninguno de ellos hablaba el ruso, y sobre todo ninguno, ni en la práctica ni en la teoría, participaba de las ideas de Lennine. El dictador ruso, me decían mis amigos, llegaba de una y media a dos de tarde. La muchacha le servía el café, el *garcon* ponía ante él diarios rusos, alemanes, polacos, franceses, etc., y el cliente se ensimismaba en la lectura. A su alrededor se gritaba en lengua francesa, en español, en italiano y en *patois* bernés, y Lennine, después de una hora de completo mutismo, consentía en tomar parte en las discusiones con ademanes de cansancio y con una mirada vaga, errante, mirada de hombre que acaricia un ensueño. Sus ojos, que eran pequeños, taladraban las fisonomías, ahondaban como dos alfileres de luz. De sus anhelos de renovación, de sus dolores de desterrado, casi nunca decía una palabra. Un mexicano que le conoció algo más íntimamente, me repetía que el Lennine del café era diverso al que, paseando con él en la vasta selva de Kirchenfeld, o de noche en la terraza del Kursaal, consentía en remover ideas políticas. Entonces vibraba todo, se hacían amplios y tribunicios sus gestos y los pómulos salientes de su rostro cetrino cobraban un acento imperioso. En aquellos momentos se descubría su voluntad inflexible, y el conductor de hombres que ya germinaba en él, surgía de pronto bajo un halo de fe.

—¿El poder de seducción de Nicolás Lennine?—preguntaba yo a mi amigo.

—La sinceridad, el acento convencido de sus palabras. Por lo mismo que hablaba poco, cuando hablaba, siempre tenía algo que decir. Carecía de elocuencia, de esa elocuencia a la manera ática. Pero era difícil seguir el hilo de sus razonamientos sin sentirnos dominados, vencidos por la fuerza íntima, concreta, de su dialéctica.

Dentro de unos lustros, la Historia juzgará la obra y las acciones de este hombre extraordinario. Se le condenará sin apelación o se le redimirá de los horrores que ahora se le imputan. ¿Qué nos importa? En su vida, independiente de su ideología y del resultado infructuoso o eficaz de sus prédicas, hay una bella lección de energía. Luchó siempre por una causa que era buena o mala, según el plano en que nos coloquemos. Soportó la miseria. Y, personalmente, triunfó, aunque no fuera más que por haber llegado a dominar hombres, que es la suprema voluptuosidad terrestre.

J. de la Luz León

(*El Mundo*, Habana).

En España ha vuelto el nefando contubernio de la cruz con la espada

Carta reciente de don Miguel de Unamuno al grupo de estudiantes "Renovación" de La Plata, Rep. Argentina

Sr. Don Carlos Américo Araya.

Recibo, amigo mío, su carta y el primer número de *Valoraciones*. Gracias.

¿Con qué viejo Unamuno? Sí, es verdad, camino a los sesenta, pero cuanto más viejo me siento más liberal. No me pasa lo que a otros. Pero es que nunca lo fueron. En el tono triste de la cosas del pobre Lugones, a quien siempre le faltó la clara sonrisa del humor, por ejemplo, se transparentaba la lóbrega pasión que le ha llevado a la patriotería fajista. Aquí tenemos ejemplos parecidos. Y más ahora con la tragicómica farsa de ese botarate de Primo de Rivera—un peliculero con menos juicio que un renacuajo—caricatura del ya caricaturesco Mussolini y que ha abierto aquí, en en esta pobre España, un régimen inquisitorial de delaciones secretas y de persecuciones arbitrarias. No se hace usted idea de lo que es, v. gr. la censura ejercida por pobres beocios desmentalizados por la ordenanza. El grito—aullido más bien—de guerrilla de esta jauría es «¡fuera la libertad!» Como si fuese posible justicia sin libertad. Admiten la denuncia secreta—contra los enemigos, es claro!—pero no se les puede denunciar a ellos públicamente.

Corremos, aquí al menos, días tristes, créamelo. El odio troglodítico a la inteligencia se ha exacerbado. Hace un siglo hizo el abyecto Fernando VII asesinar a Riego. Y estamos como en 1823.

Me crié en medio de la guerra civil, dediqué más de una docena de años a estudiarla — de ahí salió mi novela Paz en la Guerra, reeditada hace poco—y hoy, al cabo de los años, me encuentro con que se adueñan del poder en mi desdichada patria los que parecieron vencidos en 1840 y 1876.

Y vuelve el nefando contubernio de la cruz con la espada, o del pectoral con el fajo.

Y aún hay aquí quien recuerda la frase de nuestro Costa sobre el cirujano de hierro. Como si matarife fuese cirujano y pudiese la espada hacer de bisturí.

Pero veo que le hablo sino de lo nuestro. ¡Me duele tanto España! Y cuanto más me duele más la quiero.

Hablan en la revista de «política universitaria». No hay más que una y es sostener la justicia civil que sin libertad es imposible. Y la más completa, la más absoluta, la más entera libertad de crítica.

Para el sagrario de la inteligencia no puede haber dogmas, ni religiosos ni patrióticos. La ortodaxia del patriotismo es otra servidumbre.

Dígale a José Gabriel que la filología es algo más y más elevado que el foneticismo fisiologista, como la psicología es otra cosa que esa mandanga de los pincharanas y cuenta-tropezones.

Ahora que el que tiene numen hace poemas y el que no le tiene cuenta sílabas de versos ajenos; y dígale que la filología es más cosa de estética que no de lógica.

Me complace entretenerme con ustedes pues me hago la ilusión de reju-

venecer. Y esto me restaura cuando me siento oprimido por la decrepitud del ámbito. ¡Encuentro tan pocos jóvenes!

Pero tengo que dejarles.

Animo y no cejen.

Les envía un apretado apretón de manos su camarada.

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 2-XI-1923.

(*Valoraciones*, Buenos Aires).

Oración al trigo

OH buen trigo! que en los campos luces ahora tu ropaje de oro pálido, y te meces ondulante y majestuoso al compás del tenue viento que al pasar contigo juega y acaricia tu dorada y llena espiga.

¡Oh buen trigo! tú que nutres el cerebro de los sabios, el estómago del hermano que trabaja sobre el lomo de la tierra, y confortas con tu cuerpo hecho ostia bendecida, el místico ideal de las conciencias.

¡Tú, buen trigo! tan humilde como eres, representas el más alto escalón de la Natura; te bendijo la mano taumaturga del Dios-hombre; y en las bodas de Canaan, operasteis el prodigio, que siendo uno llenasteis rebozantes muchos cestos y comieron muchas bocas, y sobraron muchos panes, y así, abristeis a la absorta mirada de esas gentes, el sendero predicado por el humilde Rabino Galileo.

¡Oh buen trigo! te venero cuando el campo yo frecuento y admiro rebozantes de granos tus espigas, me descubro la cabeza y respetuoso te saludo; ¡grano trino!,—forraje, pan y hostia— tú alimentas los tres planos progresivos, desde el ave que tu grano picotea, el manso buey que rumia las espigas de tu era, el hombre que se nutre con tu grano y alimenta su espíritu idealista con el emblema de Dios sobre la tierra.

¡Tú, buen trigo! tú presides y engalanas las tres mesas: la verdeante de los campos, la del pobre y la del rico, y la gloriosa y santa mesa eucarística!

Yo, en el fondo de mi alma, te bendigo, y mi labio agradecido canta hosanna y mi mano al tocarte purifico.

¡Oh santo!
¡Oh sublime!
¡Oh hermano trigo!

L. RUBIO

La Tebaida, mes de augusto.

Otras declaraciones de Mr. Hughes

LA conferencia dictada por Mr. Hughes en Minneapolis, y de la cual extractamos ayer algunos conceptos (1) relativos a la Doctrina Monroe, contiene otros muchos puntos de grande interés para los países de América, a los cuales se refieren.

En ella aparecen casi como un *leit-motiv*, y reveladoras de una preocupación dominante, las frases referentes a la estabilidad de instituciones y Gobiernos; a la conservación del orden público «necesario para el desarrollo de la civilización y para la seguridad de los intereses extranjeros»; a la organización de las finanzas nacionales, que permita el cumplimiento de los compromisos del Estado. Mr. Hughes (que no menciona ni indirectamente el caso de Panamá), aborda de modo resuelto la intervención en Santo Domingo y Haití, y le da una sola causa, que en su sentir basta para justificarla, las guerras civiles; en ambos países fueron las revoluciones las que abrieron el camino a los marinos americanos. Y aludiendo a la supervigilancia ejercida por los Estados Unidos en la América Central, dice: «Las condiciones anormales y las tendencias revolucionarias de algunas de las Repúblicas de la América Central han sido motivo de seria preocupación para los Estados Unidos, cuyos esfuerzos han tenido por objeto promover en esos países la tranquilidad y la estabilidad».

Muchas frases como ésta desliza a lo largo de su conferencia el Secretario de Estado, y para el buen entendedor, ellas son de una transparencia absoluta. Las repúblicas americanas, las ribereñas del Caribe especialmente, tiene en el orden y en la normalidad de su desarrollo la mejor defensa de su soberanía. Las revoluciones son el agua turbia propicia a todo golpe, el único medio en que puede prosperar la ambición del extremismo imperialista.

Muchas cosas han cambiado en el mundo en los últimos veinte años, pero para nosotros quizá ninguna tanto como la que a guerras civiles se refiere. En el siglo pasado aún gozábamos de cierto aislamiento que nos permitía una relativa facilidad para entregarnos a ese deporte, y aún era él posible dentro de las líneas tradicionales de nuestro vivir popular; el valor individual lograba maravillas, y el entusiasmo lo suplía todo. Hoy estamos dentro de un engranaje creado por leyes casi físicas superiores a nuestra voluntad, y los gritos de un pronunciamiento, que antes no salían de nuestras fronteras, hoy pueden tener inesperadas e incalculables repercusiones en lejanos centros financieros o políticos. Antes nuestras guerras surgían hechas del calor de corazones idealistas: hoy no caminan sino sobre las mismas ruedas de la industria, porque la guerra, como el boxeo, se ha industrializado, y el heroísmo ya nada puede ante la técnica. De ahí que en el trópico las guerras ya no sean posibles sin los millones, y que en ellas entre siempre algún factor oscuro: el terrible factor del petróleo, por ejemplo, que ensangrentó diez años a México, y tras del cual se esconden las peores amenazas contra la independencia de un país.

Ese cambio radical, ese nuevo orden de cosas que nos separa ya con abismo infranqueable de nuestra época romántica, explica tanto como la cordura nacional el hecho de que la paz pública esté en Colombia fuera de discusión. Indudablemente hay — y habrá siempre — voces irresponsables que quieran engañar a gentes sencillas sugiriéndoles actitudes en que no creen, pero esas voces se pierden en el vacío, como todo lo que no es ni racional ni sincero, y no hay persona consciente de sus responsabilidades ante la patria y capaz de apreciar los hechos como son, que no reconozca la realidad de situaciones ineluctables y no procure buscar por medios civilizados lo que ya no es posible perseguir por los agrios caminos de la violencia, por los cuales con la bandera de la libertad podríamos ir a la tristeza del protectorado pasando por los desfiladeros del total desastre.

* *

Refiriéndose a cuestiones económicas, hace Mr. Hughes declaraciones de grande interés, y que nos conviene meditar. Helas aquí:

«Las dificultades de muchas de las repúblicas americanae se deben en no pequeña parte a la falta de desarrollo de sus recursos naturales, a la carencia de vías de comunicación y de facilidades para el intercambio comercial. Es inútil esperar estabilidad que no se base en la educación, en métodos eficaces para la agricultura y la industria; en la existencia de caminos y medios de todo género que den oportunidades para una satisfactoria situación económica. El progreso en esas materias no se puede alcanzar sin inversiones de capital, y éste debe ser conseguido en el exterior, por lo menos mientras esos países producen ri-

(1) Véanse en la entrega anterior del REPERTORIO.

queza suficiente para bastarse a sí mismos. Nuestro Gobierno no hace empréstitos a otros gobiernos, y si ellos han de conseguirse, deben ser suministrados por entidades privadas.

»Esto ha dado origen a mucha mala inteligencia y a censuras sin fundamento. Los Estados Unidos no quieren explotar a otros pueblos, ni menos estorbar el mejoramiento constante de su condición, pero es un hecho indiscutible que el capital privado no se obtiene a menos que la inversión sea razonablemente segura, y los rendimientos proporcionados a los riesgos que se corran. Hay siempre abundantes oportunidades financieras para invertir capital en esos términos, en nuestro país y en otras partes del mundo. Tropezamos, pues, con la dificultad de que la inestabilidad de ciertos gobiernos crea peligros que el capital privado se niega a ignorar, en tanto que esa inestabilidad sólo puede corregirse con un mejoramiento económico, para lograr el cual es indispensable el capital privado.

»Debe también recordarse que el Gobierno de los Estados Unidos no puede obligar a sus ciudadanos a prestar dinero, ni puede fijar las condiciones en que hayan de hacerlo, así como tampoco está en condiciones de controlar la acción de los Gobiernos que soliciten empréstitos. En esta situación, nuestro Gobierno trata, por medio de consejos amistosos, de poner su influencia en contra de la injusticia y de la imposición, y aún en algunas ocasiones, con el consentimiento de las partes—o mejor a solicitud suya—ha convenido en alguna medida de supervigilancia para garantizar la seguridad de empréstitos que de otra manera o no se habrían obtenido, o habrían tenido condiciones excesivamente gravosas.

»Pero cualquiera que piense que esta ayuda amistosa es buscada o usada por el Gobierno de los Estados Unidos con propósitos de agresión o con el objeto de dominar los negocios de esos países, revela muy escaso conocimiento de los fines y procederes actuales de la Secretaría de Estado. No tratamos de extender esa influencia amistosa, sino de restringirla; no queremos explotar, sino ayudar; no perseguimos desorden alguno, sino que deseamos ayudar al establecimiento de Gobiernos sólidos, estables e independientes. Nuestro interés no está en controlar pueblos extranjeros; ésa sería una política de perjuicios y de desastres: está en tener vecinos prósperos, pacíficos, cuya vida esté arreglada a la ley y con los cuales podamos cooperar para provecho mutuo».

* *

Leyendo estas frases, viene a la mente una reflexión: El peligro del Norte, el evidente peligro que para los países débiles de la América representa el poderío yanqui, ¿está en su Gobierno o en sus financistas? ¿Nuestra política de defensa nacional, serena y fría, debe dirigirse contra los hombres de Washington, simbolizados hoy por la noble figura de Magistrado de Charles E. Hughes, o contra los hombres de Wall Street, contra el poder anónimo y terrible de las finanzas internacionales, que son para todo pueblo y para todo Gobierno una incógnita?

Es claro que, sin que haya separación absoluta entre esos dos poderes, no hay tampoco confusión entre ellos. y que una de nuestras armas protectoras—siempre que huya de la confianza ciega y se oriente por la máxima prudencia y el mantenimiento inflexible de todos nuestros derechos—puede estar en las buenas relaciones de nuestro Gobierno con la Casa Blanca. Esa política sabia y cuerda fué la que siguieron el país y el Congreso en 1921 al aprobar el Tratado con los Estados Unidos, cuyo rechazo hubiera sido una insuperable locura.

La base suprema de nuestra defensa integral está en nuestra firmeza, en nuestra cordura, en nuestra honradez y discreción, pero una política de leal cordialidad nos permitirá hacer valer todas esas cosas en forma eficaz y oportuna. Por esa suprema razón, que es cada día más fuerte, hemos sido y somos partidarios de una política de amistad respecto del Gobierno de los Estados Unidos, de amistad sincera y vigilante, exenta de toda claudicación, sobre esas bases de perfecta igualdad y de respeto mutuo cuya necesidad acaba de reconocer el mismo Hughes, y que son para nosotros insustituibles, en toda relación internacional.

(*El Tiempo*. Bogotá).

La voz de los lectores

Uno de los maestros preocupados en el país nos escribe para decirnos entre otras cosas:

Yo creo que el día en que los maestros, en vez de estar pegados al cepo de un Reglamento que anula todas sus actividades cívicas, tengan autoridad para intervenir en el gobierno de las localidades donde sirven, se podrá impulsar mucho el progreso de estos pueblos, que viven todavía en la época colonial.

De Orotina nos comunica el señor don Luis Rubio Guerrero algo curioso, como se verá:

Orotina, febrero 19 de 1924.

Señor don Joaquín García Monge,
San José.

Estimado don Joaquín:

En el último número (1) de su estimable revista reproduce un artículo escrito por don Joaquín Quijano Mantilla y en el que se hace referencia a don Lucio Rubio F., miembro de mi familia, el que en su finca la «Tebaida» pasó los últimos años de su vida en completo aislamiento, entregado a sus estudios y a las prácticas espiritistas, de las que fué un gran iniciado. Sobre él corrieron versiones extraordinarias y contradictorias: unos lo juzgaron un loco con pactos diabólicos, otros un santo; de él se contaba que en varias ocasiones hizo llover a su voluntad, y en otras conjuraba las fuertes borrascas que terminaban inmediatamente; y entre la gente campesina efectuó curaciones asombrosas. Cuando murió se contó lo que el señor Quijano Mantilla narra: todas las aves de la montaña circunvecina vinieron a cantarle un *De profundis*. Después, abandonaron ese sitio para siempre. Cuando sus herederos se partieron sus pocos bienes, dejaron como cosa de ningún valor y que nadie quiso (por superstición) una gran caja de nogal con muchos manuscritos. El cura Eliseo Zapata hizo quemar muchos, entre ellos un cuaderno que lo intituló: «Mantias de Salomón, o palabras de poder sobre los cuatro elementos». Yo estudiaba entonces en la Escuela Normal de Institutores, y fuí el único que mostré interés y aprecio por esos escritos, y logré salvar algunos, entre ellos, un viejo cuaderno, especie de diccionario de palabras sánscritas y griegas, muy usadas en el tecnicismo de las Ciencias Ocultas, y su traducción o equivalente léxico en español; sus escritos versaron siempre sobre filosofía, ciencias ocultas y uno que otro artículo literario; uno de esos es la *Oración al trigo*, que le adjunto. Por él, deducirá Ud. que fué místico, como él mismo se juzgaba, porque creía que el cristianismo, tal como ya hace siglos se entiende y enseña, es religión para ignaros y almas vulgares; sólo el misticismo era según él religión para gente ilustrada y almas elevadas y aristocráticas. Si Ud. lo desea, podría facilitarle copias para su conocimiento. Dispense la molestia que le proporciona su admirador y servidor,

LUIS RUBIO GUERRERO.

(1) Nº 22 del tomo en curso.

De *Las Ciudades del Porvenir* nos habla en estas líneas don Constantino Albertazzi:

Hace tiempo tengo el deseo de comentar un artículo que en el REPERTORIO AMERICANO de 23 de noviembre último publicó

el Licenciado don Manuel Sáenz Cordero, y que merece un elogio de quienes quieran independizarse de la rutina y llevarlo a la práctica.

Realizadas esas ideas del señor Sáenz Cordero, constituirían la salvación de los países que hoy han concentrado todas sus energías en las grandes ciudades, contagio que también hemos padecido en Costa Rica. Hay que convenir en que San José es una ciudad demasiado grande para un país tan pequeño.

Tal artículo, y otro que, posteriormente, ha publicado la misma revista, tomado de una inglesa y cuyo autor se hace eco de opiniones de eminencias médicas de su país, me alientan en un propósito mío que hace días vengo rumiando.

El señor Sáenz Cordero aconseja a las gentes huir de las ciudades e irse al campo a convertirse en elemento productor. Los que manejan los asuntos públicos, y quieran, de verdad, realizar algo eficaz para el porvenir, están obligados a hacer atrayente la vida del campo y distanciar en lo posible al campesino de la vida de las ciudades.

Aplicando mis ideas:

No se continúe el apiñamiento de los habitantes en las ciudades, en la forma en que hoy están éstas establecidas, esto es, prescíndase de lo que se llaman los cuadrantes. He hecho un cálculo según el cual en Costa Rica, sumando todo lo que hay macadamizado, esto es, lo que es piso sólido y no forma parte de ninguna carretera, se llega a un total de más de mil kilómetros. Pues bien, si esos mil kilómetros estuvieran extendidos, no en dar vueltas a un cuadrante, lo que implica impuestos para el vecindario, sino en carreteras a cuyas orillas estuvieran las casas, aglomeradas hoy en las ciudades, y también las plazas, las escuelas y las iglesias, con grave perjuicio para la salud y para la seguridad de la vida por los peligros de temblores y de incendios. Si todas las habitaciones estuvieran establecidas a lo largo de las cintas de los caminos, el dinero empleado en macadamizar calles tendría un empleo eficaz, porque se habría resuelto así el problema de nuestras vías de comunicación.

En las márgenes de los ríos se construirían talleres de toda especie; y aguas abajo, se construirían los mataderos, curtiembres y fábricas que expidan malos olores.

¿Sabríamos hacer algo nuevo? ¿Seríamos capaces de alguna iniciativa propia?

No faltarán en el país gentes que comprendan las ventajas de toda especie que tiene mi modesta idea.

¡Cuán agradable sería para el transeunte este género de poblaciones, ya que hallaría a mano, casi a gusto, la satisfacción de sus necesidades! ¡Figuraos la cinta de un camino, bordeado de moradas, desde Turrialba hasta San Mateo, con excepción de los parajes inhabitables!

Ahí va esa idea; no me hago la ilusión de que alguien la prohije, pero no está de más, en un siglo en que todas deben ser dichas para que cada uno les saque el partido que pueda.

San José, 14 de enero de 1924.

Id y enseñad a todos

El escudo de la Universidad de Guatemala fué modificado. Hoy lleva por lema, *Id y enseñad a todos;* la frase del gran maestro, del divino Jesús, que trajo a la humanidad la más excelsa de las enseñanzas, trasmitidas de generación en generación, por obra del relato de sus discípulos.

Esa frase compendia todo un evangelio. Mira al pasado, observa el presente y tiende la vista al porvenir.

Id y enseñad a todos, la verdad que hará libres a los hombres y disipará las tinieblas del error.

La que mantiene el culto de la ciencia y alumbra el sendero de la regeneración.

La que señala el camino de la cultura, como el único talismán para evitar las caídas.

La que rinde culto a la Patria, madre común que a todos nos cobija y alienta, y nos prescribe amarla y defenderla, mediante la devoción al bien.

La que coloca la libertad en alto, como la aspiración suprema de todo pueblo o individuo.

La que nos impone los deberes de solidaridad y cooperación, de tal suerte que aspiremos a vivir todos bien.

La que destierra el egoísmo, quita la venda al ignorante y redime al cautivo; la que impone la civilización, abre las puertas del progreso y enciende el entusiasmo y la fe en el espíritu del ciudadano.

La que nos enseña derechos; pero también nos impone deberes.

La que no transige con el error, con la maldad, ni con los vicios.

La que predica el reinado de la justicia social y convierte a los hombres en hermanos.

Sí, la verdad nos hará libres; y por eso, hay que enseñarla a todos.

El lema, pues, de la Universidad de Guatemala, es todo un evangelio de redención.

Y bien hace la Universidad en adoptarlo, porque la misión de este instituto abarca una extensa obra de cultura, mediante la enseñanza superior, la divulgación científica, la extensión universitaria y los cursos breves.

Alma mater de la cultura de los pueblos, ella nutre el espíritu de los escogidos y pone el sedante de un libro en las tristezas de la aldea y en las inquietudes de un taller.

Mediante ella, desciende al pueblo el espíritu de libertad, de justicia y de bien.

(*El Día*. San Salvador).

Necesidad e importancia de establecer cursos breves y libres de periodismo (1)

Exposición, ampliada, de motivos de esta iniciativa que, a nombre de la prensa centroamericana, presentó el delegado salvadoreño don JUAN RAMÓN URIARTE, al VIII Congreso de Periodistas en Mérida, Yucatán.

ARTÍCULO III

Asociación y Legislación de la Prensa

He aquí otra parte del programa de los cursos breves y libres de periodismo con que debemos principiar en nuestra Universidad Nacional para llegar después al establecimiento de la facultad respectiva.

La reseña de la asociación de la prensa en los países civilizados debe ser precedida por un ligero estudio histórico, crítico y técnico sobre las prensas usadas en las artes gráficas, desde las fábricas en madera en los siglos XV y XVI hasta la rica variedad de las rotativas.

Después de analizar las asociaciones de l prensa, incluso la católica, de América, v Europa, el profesor hará ver las múltiples ventajas que para la prensa centroamericana tiene la asociación, y qué resultados trascendentales se obtendrían si nuestra prensa se asociase a la mexicana y sudamericana para construir algún día la gran asociación de la prensa continental latina, que sería el órgano autorizado y poderoso de los ideales hispano-americanistas.

Concluiría el catedrático esta parte del programa, dando una idea del desarrollo del periodismo en Europa, América, Asia, África y Australia, sin excluir la prensa hebrea.

Consecuencia de lo anterior, es el estudio de la legislación sobre la prensa en las naciones de Europa y América. Esta parte del programa debe comenzarse con la exposición de principios sobre la libertad de la prensa para demostrar que la emisión del pensamiento escrito es un derecho humano.

Enseguida, se entrará de lleno a analizar las leyes constitucionales de Francia, Inglaterra, España, Alemania, Bélgica, Italia, Turquía, Rusia, Estados Unidos de Amé-

(1) Véanse las entregas 8 y 12 del tomo en curso.

rica y las naciones de la América del Sur.

El profesor dará mucha importancia a las medidas restrictivas en la legislación sobre la prensa y a los crímenes y delitos cometidos por el ejercicio de este derecho.

El estudio comparativo de las diversas leyes de imprenta, servirá al catedrático para disertar sobre la necesidad de un código universal referido a la prensa que armonizase las legislaciones más avanzadas y prácticas del mundo.

ARTÍCULO IV

Moral para periodistas

Este es otro punto del programa de los proyectados cursos breves y libres de periodismo. Complemento del curso de moral evolutiva que se enseña o debe enseñarse en los planteles de secundaria y normal para intelectuales, es decir, para los médicos, los abogados, los periodistas, etc.

Es tan indispensable, tan importante esta clase de estudios de ética profesional, que existen ya obras escritas especialmente sobre la materia. El sabio pedagogista uruguayo Dr. Carlos Vaz Ferreira, ha publicado en un volumen, que cuenta ya varias ediciones, las confererencias que sobre moral para intelectuales hace una década que dictó en las Universidad de Montevideo.

Este libro, que podría servir de texto al profesor de los cursos de Periodismo, enseña de una manera clara, y precisa, y con observaciones sacadas de la vida real, cuáles son las normas de conducta profesional, qué clase de paragogismos éticos se cometen frecuentemente en la vida, cuáles son las mejores actitudes de espíritu para un intelectual, etc. Porque, como se comprende naturalmente, cada moral profesional es distinta.

El catedrático finalizaría esta parte del programa haciendo un estudio sugestivo y minucioso del Código del Periodismo que ha adoptado la Sociedad Americana de Editores de Periódicos *(American Society of Newspapers Editors)*.

Este código de principios o fundamentos morales del periodismo, que parece ser único en el mundo, es un conjunto de siete reglas, que las trascribimos de un editorial de *El Sol*, de Madrid, porque creemos que no son conocidas entre nosotros y porque la juzgamos de mucho interés. (1)

La primera regla alude al principio de responsabilidad. El derecho de un periódico a conquistar y retener lectores no debe traspasar nunca el interés público. O lo que es lo mismo: un periódico es un instrumento público que no debe atender exclusivamente a los intereses privados. «El periodista—dice el Código—que emplea su poder para fines egoístas o de algún modo indignos, es infiel a una gran misión.»

La segunda regla obliga a defender la libertad de la prensa. Esto parecerá una redundancia, porque Prensa sin libertad es un contrasentido; pero alguna vez ocurre el absurdo de que haya periódicos que defienden el amordazamiento y encadenamiento —en muy diversas formas—de la Prensa, porque así les conviene a ellos particularmente o a los gobernantes a que sirven. Luego viene la regla de la independencia, que en algunos aspectos coincide con la de responsabilidad: ni los intereses privados ni los de partido deben alejar un periódico de la verdad a sabiendas, tanto en sus editoriales como en su sección de noticias. La cuarta regla aconseja «sinceridad, veracidad, exactitud, buena fe con el lector», hasta en los grandes encabezamientos, que «deben estar justificados plenamente por el contenido de los artículos que anuncian». Quinta: imparciaildad, distinguiendo «entre narraciones informativas y expresiones de opinión». Interesante regla para los críticos: «deben poseer autoridad fundada en el conocimiento, simpatía fundadada en la comprensión, independencia de juicio que demanda completa libertad». Sexta: equidad, para no hacer cargos sin oir al acusado, para «no invadir los derechos o los sentimientos privados sin estar seguro de apoyarse en el derecho público, no en la curiosidad pública», y para rectificar pronto y por completo graves errores de hecho u opinión. La última regla que se refiere a la decencia profesional, merece una transcripción íntegra.

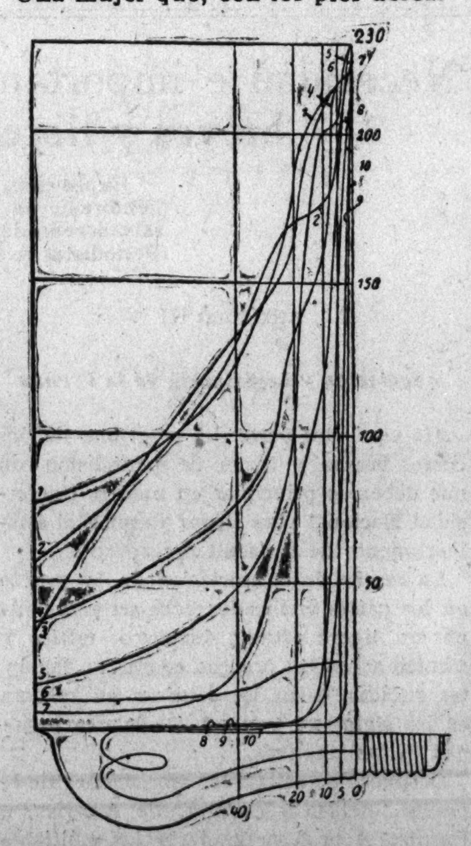
«Un periódico no puede escapar a la acusación de insinceridad, si haciendo protestas de altos propósitos morales, suministra incentivos a las bajas pasiones, tal como pueden encontrarse en los detalles del crimen y del vicio, cuya publicación no responda evidentemente al bien general. Careciendo de poder para imponer sus cánones, el periodismo aquí representado no puede sino expresar la esperanza de que el deliberado estímulo a los malos instintos sea objeto de la reprobación pública o ceda a la influencia de una preponderante condenación profesional».

(1) Véase este editorial íntegro en el Nº 13 del REPERTORIO, tomo en curso.

Peligro en tocar las lámparas eléctricas

Un accidente mortal ocurrido en Viena en mayo de 1920, ha hecho ver que, en contra de la opinión corriente, es peligroso el tocar el vidrio de una lámpara eléctrica, si no está limpia ni lleva el conveniente fusible.

Una mujer que, con los pies descal-



zos, estaba ocupada en trabajos de limpieza en un aposento que se había blanqueado con cal, quedó electrocutada por haber tocado con las manos húmedas una bombilla eléctrica. Esta lámpara era alimentada por una corriente alterna de 220 volts; el casquillo estaba perfectamente protegido por un anillo de porcelana, y era imposible que la mano se pusiese en contacto directo con este casquillo. Una salpicadura de cal que partía del metal y bajaba a lo largo del vidrio en una longitud de 3 cm. aproximadamente y una anchura que no excedía de 2 a 3 mm., podía únicamente haber servido de conductor.

A consecuencia de este hecho, el profesor Jellinek trató de determinar en qué condiciones la cal o algunas otras sustancias adheridas al vidrio, son capaces de producir semejantes accidentes. Sobre la ampolla de una lámpara eléctrica, a partir del casquillo hasta la punta, trazó un rasgo sumamente fino con un pincel que estaba mojado con lechada de cal u otra de las distintas sustancias que estudió. El casquillo comunicaba con uno de los polos de un generador de corriente continua de 220 volts, y el otro estaba unido a través de un vóltmetro con aquel rasgo, habiéndose tomado el contacto primeramente en la punta de la ampolla y luego en los puntos más próximos al casquillo. Se anotaban las indicaciones correspondientes del vóltmetro, cuyos resultados representa la figura adjunta. Las distancias entre el punto de contacto y el casquillo están referidas a abscisas, y las indicaciones del vóltmetro a ordenadas. Las curvas señaladas con los números 1, 2, 3, 4, 5, 7, 8, 9 y 10,

Pasa a la página 381.

Homenaje a Ricardo Rojas

RICARDO ROJAS es uno de los escritores argentinos de la vanguardia; muy estimado por su laboriosidad, su entusiasmo nacionalista y su dignidad intelectual.

Por su *Historia de la literatura argentina* ha obtenido el premio nacional, otorgado por la Universidad de Buenos Aires. Por ello, lo principal de los escritores, artistas y universitarios de la República Argentina le ha tributado un justo homenaje la noche del **15** de noviembre pasado. La acreditada revista *Nosotros*, el Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras y el Ateneo Universitario promovieron con éxito tal homenaje. Sentáronse a la mesa convivial por ahí de **150** personas.

Del brindis del señor Julio Noé, son estas palabras:

Sólo un poeta como vos podía idear y llevar a fin obra tan alta, porque vuestra *Historia* es mucho más que una crónica erudita de nuestro pasado literario. Concebís a la literatura como expresión del *logos* total del hombre y creéis que su estudio debe abarcar, por consiguiente, desde el arte rústico y elemental hasta el culto y académico. Por eso habéis sumado en vuestra obra «a la bibliografía poética, la poesía anónima; y a la prosa literaria la literatura científica desde Azara hasta Ameghino».

. . . .

Vuestra *Historia* no puede ser considerada con independencia de vuestra obra total, porque siendo toda ésta una explicación de vuestra teoría de la *argentinidad* como «coeficiente de una tierra, un hombre, un idioma y una cultura, que al fundirse aquí en el Plata de maneras nuevas en la historia, generaron este fenómeno nuevo que llamamos la civilización argentina», exponéis en aquella la resultancia literaria de ese conjunto de fuerzas.

Para alcanzar vuestro intento habéis necesitado un método propio y nuevo, que es, sin duda, lo más sólido de vuestra obra. El transcurso de los años y la intensificación de los estudios alterará, probablemente, alguna de vuestras conclusiones, pero el sistema crítico que habéis concebido para analizar nuestra literatura como una función de nuestra sociedad adquirirá con el tiempo una trascendencia mayor, ya que vuestra doctrina de la argentinidad puede ser aplicada sin grandes variantes a la interpretación de toda la civilización americana.

He aquí cómo vuestra obra tiene un significado continental y por que la «argentinidad» se funde y confunde con los «americanidad».

Del gran Lugones son estos versos sentidos:

Ricardo Rojas,
justo es que ya
feliz recojas
las rosas rojas,
las frescas hojas
que el lauro da;
y sin perjuicio
del sacrificio
que al noble oficio
cuesta el laurel,
el grano de oro
que con decoro,
tu musa fiel,
pondrá en el coro
del dios canoro,
o en lo sonoro
de un cascabel.

*

Amigo nuestro,
sabio y maestro,
deja que mi estro
te alabe aquí.
Y sin congojas,
ni paradojas,
ni musas cojas,
ni nada así,
¡más rosas rojas!
¡más frescas hojas!:
Ricardo Rojas
brindo por ti.

Del Sr. Rojas, los magistrales párrafos siguientes:

La revista *Nosotros* ha sido durante quince años tribuna abierta al pensamiento de los hombres nuevos, con un sentimiento de simpatía cívica, para con todos los pueblos hispanoamericanos y con un sentimiento de simpatía filosófica para con todas las inquietudes de la civilización europea. Representada aquí por Alfredo Bianchi y Raberto Giusti, sus dos abnegados fundadores, y por Julio Noé, cuyo hermoso discurso agradezco sinceramente, digo ante ellos que en las páginas de *Nosotros* ha de quedar la crónica intelectual de nuestro tiempo, como la de épocas anteriores quedó en nuestras más célebres revistas de antaño. La historia ha de señalar en el espíritu de sus directores, el desinteresado culto del arte en horas de granjería mercantil, y el espíritu de justicia con que rindieron homenaje póstumo a Darío, Guido, Obligado, Bunge, Nervo, Rodó, ilustres figuras consagradas, a la vez que, con generosidad inteligente echaron la sonda de curiosidad en una reciente encuesta para descubrir nuevos nombres y esperanzas en en eso que podemos llamar la novísima generación argentina.



RICARDO ROJAS

Por JOSÉ B. MARIL.

(*Ideas*, Buenos Aires).

. . . .

En cuanto a mis queridos discípulos de la Facultad de Filosofía y Letras, tan bien representados aquí por Homero Guglielmini, casi nada debería decir. Bien saben todos que esa casa es ya una prolongación de mi propio hogar. Los diarios afanes de mi vida intelectual, quedan ligados a la formación de los jóvenes que allí preparan el porvenir de una más alta cultura argentina. En sus aulas se ha elaborado buena parte del libro que celebráis; y esos muchachos saben cuánto los amo, a pesar de las diferencias de sentimiento o de pensamiento que pueda tener con ellos, como director de sus estudios, en las diversas cuestiones de la vida universitaria.

Si yo tuviera hoy la edad que tenía cuando me ofrecieron el primer banquete, hablaría mucho de mí esta noche, con harto orgullo. Pero los años no han pasado en vano: he aprendido a comprender lo poco que valen ciertas vanidades intelectuales; y ahora, por encima de aquel énfasis de mis veinticinco años, por encima del triunfo meramente literario, por encima de lo que solemos llamar la gloria contemporánea, pongo, amigos míos, la santa amistad: estos lazos que la vida va tejiendo de corazón a corazón, porque no hay cosa tan noble para los que tenemos el dolor de ir peregrinando por esta dura tierra, como el hallar otros hombres que nos acompañen en las horas de alegría y de la angustia.

. . . .

La historia de un pueblo no es sino la historia de sus generaciones, y éstas no consisten en la mera sucesión de la sangre, fluyendo en el tiempo como las olas en el cauce de un río. Se dice que una nueva generación ha llegado, cuando cambia el tono de la sensibilidad, la línea de la actitud, el ritmo de la marcha. Entonces suele verse que una sociedad se transforma: su filosofía, su literatura, sus costumbres, todo se reacomoda en un proceso de hondas raíces espirituales. Parece entonces que oleadas de almas bajaran de lo desconocido a infundir nueva vida en la permanencia de las cosas, como soplo de inspiración musical que al infundirse en la orquesta, va moviendo maderas y cobres y cuerdas, o despertando conmovedores acordes, o transfigurando el tema inicial en otros timbres, o introduciendo temas nuevos en el desenvolvimiento de una sinfonía infinita.

Para reconocer a la generación actual y para saber cuándo se puede decir que otra nueva generación ha llegado, necesitaríamos evocar, en síntesis legendaria, el cuadro de las generaciones que se sucedieron en la tierra argentina.

...Esto era allá en los tiempos de nuestra génesis americana: los indios iban como bestias desnudas, sobre la pampa sin árboles, o envueltos en sus ponchos de colores, sobre el verdor de los valles. Adoraban al sol y a las constelaciones; levantaban chozas de piedras y de ramas; blandían arcos y hondas contra la fiera salvaje; navegaban el riacho en la piragua, buscando pesca, o recogían mies de los montes al son de cantares lánguidos, bajo la misteriosa luz de las Pléyades...

Aquella fué la generación del hombre autóctono, en cuya broncínea carne pareció hacerse musicalmente sensible, para entrar por vez primera en la historia, la substancia primordial de la tierra nativa.

Después vinieron los hombres blancos, vestidos de hierro o vestidos de blandos trajes talares. Unos alzaban ante la tribu absorta la cruz de la nueva fe, y otros la cruz inversa de la espada, para la guerra nueva. Duro tiempo de afán, cuando el soldado iba explorando la selva virgen y el evangelista domesticando al indio fino. Se desvanecían a lo lejos las ciudades mágicas, Eldoradas de mármol y de oro, vanamente buscados; pero en cambio surgían, como por arte de encantamiento, estas ciudades reales que ahora tenemos: esta Buenos Aires donde hoy vivimos para recordarlos y para continuarlos en la hazaña...

Aquella fué la generación de los colonizadores, en cuya lengua nos llegó la tradición grecolatina, que nos dió abolengo en las civilizaciones más ilustres.

Vino más tarde la era de los gobiernos regulares; de la sociedad hispanoamericana organizada por universidades, cabildos y audiencias. Gentes ceremoniosas vestidas de calzón corto y chaqueta con áureos alamares, hacían en los estrados graves reverencias con la cabeza de peluca empolvada o el tricornio de terciopelo. Las casas de ancho portal y de teja rojiza, escondían en su intimidad soleados patios donde florecían jazmines. Por la calleja silenciosa pasaba de vez en cuando el indio en su mula, el gaucho en su caballo, o el esclavo a pie, pregonando su mercancía. Allá en el recóndito aposento de la casona, celada por su dueño, languidecía una suave mujer de ojos embellecidos por el amor y la penitencia...

Aquella fué la generación de los virreyes, cuya solemne jerarquía se rompió al advenir, con las invasiones inglesas, la ocasión de las pruebas heroicas, en el ciclo ulterior de la emancipación republicana.

La generación de 1810, que depuso a los últimos virreyes, fué una generación de jóvenes revolucionarios, homéricos en su actitud marcial, jacobinos en su actitud filosófica. Refunden ellos en sus almas nuevas el sentimiento castizo del honor y el sentimiento clásico de la gloria. Turban así la paz de sus familias, porque siendo hijos de españoles, se han sublevado contra sus padres, para constituir una sociedad más justa. Por los campos desiertos de América van resonando sus clarines, y en los pueblos del tránsito donde se detienen, levantan horcas para castigar a los traidores. La voz del pregonero va divulgando en lengua indígena sus decretos de libertad a favor de los siervos indios, mientras la voz del poeta criollo va cantando en lengua de Castilla, frente a la misma España dinástica, el voto de la nueva nacionalidad.

Así podría continuarse la rapsodia; pero deseo detenerme aquí un momento para volver al símil musical de hace un instante, diciendo que en esa generación de los indios, parece llorar la quena sus temas sentimentales; que en esa generación de los conquistadores, suenan órganos místicos y tambores guerreros; que en esa generación de los últimos virreyes, vibran violines de Aranjuez y guitarras de Andalucía; y que en la generación de los patricios fundadores estalla, como un orto de sol sobre las montañas, el frenesí de los clarines heroicos.

Cada generación, pues, trae a la historia temas nuevos, o transfigura los antiguos en nuevos timbres y ritmos, sin romper con ello la continuidad de la sinfonía infinita que, desde lo misterioso, llega de la tierra en el olear continuo de las almas.

Durante el siglo XIX, hubo dos momentos decisivos. En el primero, los temas militares de la independencia se agotan pronto en virtud de su misma realización, y asoman entonces la tiranía burguesa, personificada en Rosas, y la demagogia gaucha, personificada en Facundo; pero contra esas dos realidades la generación de 1837, personificada en Echeverría, un poeta, reaviva el amenguado ideal de Mayo, y al superarlo con nuevos temas de cultura, nos encamina hacia la organización democrática y hacia la libertad del arte por el romanticismo.

En el segundo momento del siglo XIX, después de 1852, la cultura argentina se hace cosmopolita y positivista. Son los temas de Sarmiento y de Alberdi que entran como fuerzas dinámicas, pasando de sus libros a la conciencia histórica. Desde entonces hasta nuestros días, el crecimiento demográfico no fué sólo producto de vida racial, sino de populosa infiltración extranjera; nuestro crecimiento industrial no fué sólo producto de trabajo nativo, sino de riqueza trasplantada; nuestro crecimiento didáctico fué sólo producto de meditación propia, sino de mimetismo internacional; y, finalmente, nuestra ciencia, nuestro arte, nuestra vida toda estuvo sometida a la presión de los modelos exóticos, pulvorolizándose o esterilizándose por mera imitación,

Tal ha sido la atmósfera en que ha actuado la generación anterior, y esa es la realidad que, desde 1907, combatí en mis libros, sobre todo a partir de *La restauración nacionalista*, porque, dados los caracteres que había tomado la vida argentina, los consideraba peligrosos para el genio americano y para los verdaderos ideales de la civilización.

Mientras el país contó con la vida de hombres como Sarmiento, Avellaneda, Mitre, Roca, Pellegrini, o con las reservas de una tradición colectiva todavía homogénea, el equilibrio orgánico de la nacionalidad se mantuvo; pero, en los últimos veinte años, han podido notarse aquí síntomas ingratos, hasta que hemos llegado a la hora actual, que es como una edad de oro del cine, del tango y del box. La generación que nos ha precedido, puso a la República en marcha por el camino del progreso material; hizo ferrocarriles, bancos, puertos, establos y almacenes, cosas sin duda necesarias; más por ahí vinimos al materialismo en la educación y al sensualismo en la vida, cosas que no pueden constituir el programa de nuestro tiempo. Reconocí la obra heroica de los antepasados inmediatos, pero quise poner sobre el individualismo sin patria, sobre el mer-

cantilismo sin bandera, sobre el cosmopolitismo sin cultura, sobre el arte sin raza, sobre la técnica sin contenido humano, sobre este encanallamiento en que ahora vivimos, un ideal que no trabara el desenvolvimiento de cada personalidad, pero que subordinara nuestro efímero cuerpo de carne a las armonías de una América nueva y de una Argentina nueva, con el decoro de su propia estirpe y con los atributos de una cultura integral.

Los cambios dramáticos que constituyen la historia, nacen, precisamente de las nuevas formas de pensamiento, de sentimiento, o de acción que las generaciones nuevas traen a la vida. Por eso interesa saber si el ciclo anterior tiende ya a cerrarse y si ha llegado una nueva generación argentina distinta de las otras, no por la edad, sino por el contenido espiritual preñado de nuevas realidades futuras. Las generaciones de la simple cronología no cuentan en la historia. Se dice que una nueva generación ha llegado, cuando, por una suerte de intuición mística, se advierte que del fondo altísimo de las estrellas han descendido miriadas de almas nuevas para poblar el mundo.

Ahora bien, ciudadanos: yo afirmo que una nueva generación espiritual ha llegado para entrar en la historia argentina.

Ser hombre de esta nueva generación significa poder señalar, con serenidad reflexiva, los males de nuestro tiempo; significa poder censurarlos con libertad moral, porque no se ha sido cómplice de esos males; significa póder trasmutar el propio descontento en voluntad creadora, no en pesimismo estéril; significa poder concebir un ideal concreto de cosas mejores y poder realizarlo en fraternidad con otras almas; significa poder superar la agitación demagógica, que sólo sabe destruir, por la disciplina intelectual, que sabe crear; significa, finalmente, poder unir, como al hueso del muñón la pluma del vuelo, a la voluntad varonil del trabajo, el ala de la esperanza.

La sensación patética de lo que constituye el advenimiento de una nueva generación, la tuvo nuestro país en 1837, cuando frente a la tiranía de Rosas y a sus trece tenientes bárbaros y a sus legisladores serviles y a sus plebes embrutecidas, siete jóvenes poetas se reunieron para realizar nuevos ideales. No tenían abolengo, ni tierras, ni títulos, cuando se iniciaron en la empresa. El renombre les vino con las obras y, en premio de sus continuos trabajos porque supieron soñar y persistir, suyas fueron más tarde las bandas presidenciales y los laureles de la gloria. Hostigados al comienzo por el hambre, la proscripción y la muerte, esas siete almas vencieron al crimen, superaron la realidad por el pensamiento, crearon una nueva realidad, y así sus siete almas ardidas de santo ideal, resplandecen en la sombra de aquel tiempo como siete antorchas encendidas en los caminos de la noche.

Afirmo que una nueva generación ha llegado y presiento que cambios fundamentales prepáranse en nuestro destino, porque descubro en el alma de nuestros jóvenes una gran inquietud. Pero esa inquietud no basta como fuerza creadora. Es necesario conocer con disciplina intelectual los valores del pasado; es necesario definir con honestidad moral el desacuerdo con las cosas del presente; es necesario dar con claridad concreta y previsora el programa del porvenir. Por eso la juventud debe estudiar la historia de nuestro país; saber cuánto nos ha costado crear lo que tenemos; analizarse a sí misma para saber si está en condiciones de reemplazar con ventaja lo que ella combata. ¡Tremenda responsabilidad la suya, y formidable problema el suyo, puesto que va a continuar una obra de titanes y le toca resolver su propia ecuación en este momento trágico de la historia humana, cuando las ideas se turban entre la gran crisis que conmueve a la civilización universal y la crisis interna que amenaza los cimientos de la civilización argentina! Hace mucho tiempo que, desde la soledad de mi atalaya, oteando hacia el oriente anuncié que habría de llegar una generación inquietada por el sentimiento de estos problemas y poseída por la conciencia de estos deberes. Esa generación está en las universidades; está en los ateneos, está en los cenáculos ignorados, está en las revistas juveniles, está en las redacciones de los grandes diarios, está en la populosa muchedumbre de los partidos, y como la generación de 1837 en vísperas de la gloria, siente la exaltación de una futura empresa. No ha sabido aún definirse del todo, ni hallar sus guías, ni crear el vínculo de la asociación necesaria; se agita todavía en los espasmos de la negación y de la crítica, pero veo en ello el signo del milagro nuevo, el balbuceo del nuevo mensaje. En época tan desesperada como ésta en que le ha tocado llegar, ante las fuerzas desprestigiadas de la política y entre el derrumbamiento de tantos credos filosóficos, cede con facilidad a sugestiones de ejemplos europeos, sin advertir que el cable y la prensa son hoy medios para inventar efímeras escuelas estéticas o para forjar una héroe de cualquier aventurero. Así la vemos vacilar entre el futurismo y el ultraísmo, o entre el bolsevikismo y el fascismo, por mera sugestión cotidiana. Mas, entre estos fugaces perfiles, descubro hombres de acción que quieren más justicia para el trabajo en la vida y hombres de contemplación que buscan nuevos moldes para la belleza en la patria. Aquí están esos hombres jóvenes; los veo en esta misma mesa: futuros políticos que ansían remodelar la sociedad en las normas de una más alta justicia, y artistas líricos o plásticos, animados por un ideal que las generaciones anteriores no sintieron, puesto que quieren crear—músicos, poetas, arquitectos, escultores y pintores—con los medios de la técnica universal, una nueva belleza americana. Estos son los heraldos del nuevo tiempo, en quienes bulle el secreto trabajo de las almas que vienen por el aire para la realización de los ideales estéticos o que van por la tierra para la realización de los ideales políticos.

Si yo escribí la *Historia* que celebráis, si yo volví los ojos al pasado, no fué para dar la espalda al porvenir, como se ha dicho maliciosamente alguna vez. Volví los ojos al pasado, para saber lo que somos y de dónde venimos, forjando así un ideal con la substancia de nuestra propia historia. Me hice historiador, porque la historia es, en las naciones modernas, la forma renovada de la epopeya: eterna fragua de los mitos creadores. Cuando la nave puede ir sin extraviarse por el mar anchuroso—agua movible y sin senderos,—lo puede porque tiene una estrella que la guía y una carta del derrotero, donde la línea que marca el punto adónde va, se determina a sí misma por el punto de dónde viene.

....

Concluído aquel esfuerzo de diez años, digo allí que lo realicé buscando prestar un servicio a los argentinos que vendrían después de nosotros, para que pudieran definir más fácilmente el ser colectivo de nuestra patria y su posición individual dentro de ella; para que conocieran las fuerzas tradicionales que habían elaborado en varios siglos nuestra cultura; para que no entraran desorientados en la vida, como entró mi generación, en la que hasta los más selectos espíritus anduvieron como tentando el camino en la obscuridad; y allí digo, en fin, que el libro todo ha sido escrito para el poeta argentino que esperamos, para el que habrá de venir, para el que habrá de condensar en su propio genio las energías dispersas que dolorosamente realizaron las generaciones anteriores, a fin de ir sacando la patria de la barbarie.

A ese poeta que habrá de venir, a ese, lo llamo allí, con mayúscula, *El Esperado*.

Como resumen simbólico de las emociones de esta noche, como agradecimiento a las instituciones que me ofrecen este homenaje, como interpretación del sentimiento que anima a todos cuantos aquí me escuchan, brindo, señores, por *El Esperado*.

4) Página lírica

de Gabriela Mistral

DOLOR

A su sombra.

(Véanse los números 13, 14 y 23 del tomo en curso).

COPLAS

A la azul llama del pino
que acompaña mi destierro,
busco esta noche tu rostro,
palpo mi alma y no lo encuentro.

¿Cómo eras cuando sonreías?
¿Cómo eras cuando me amabas?
¿Cómo miraban tus ojos
cuando aún tenían alma?

¡Si Dios quisiera volvérteme
por un instante tan sólo!
¡Si de mirarme tan pobre
me devolviera tu rostro!
....

Para que tenga mi madre
sobre su mesa un pan rubio,
vendí mis días lo mismo
que el labriego que abre el surco.

Pero en las noches, cansada,
al dormirme sonreía,
porque bajabas al sueño
hasta rozar mis mejillas.

¡Si Dios quisiera entregárteme
por un instante tan sólo!
¡Si de mirarme tan pobre
me devolviera tu rostro!
....

En mi tierra, los caminos
mi corazón ayudaran;
tal vez te pintan las tardes
o te guarda un cristal de aguas.

Pero nada te conoce
aquí, en esta tierra extraña:
no te han cubierto las nieves
ni te han visto las mañanas.

Quiero, al resplandor del pino,
tener y besar tu cara,
y hallarla limpia de tierra,
y con ternura, y con lágrimas.

Araño en la ruin memoria;
me desgarro y no te encuentro,
¡y nunca fuí más mendiga
que ahora sin tu recuerdo!

No tengo un palmo de tierra,
no tengo un árbol florido...
Pero tener tu semblante
era cual tenerte un hijo.

Era como una fragancia
exhalando de mis huesos.
¡Qué noche, mientras dormía,
qué noche, me la bebieron!

¿Qué día me la robaron,
mientras por sembrar mi trigo,
la dejé como brazada
de salvias junto al camino?

¡Si Dios quisiera volvérteme
por un instante tan sólo!
¡Si de mirarme tan pobre
me devolviera tu rostro!
....

Tal vez lo que yo he perdido
no es tu imagen, es mi alma,
mi alma en la que yo cavé
tu rostro como una llaga.

Cuando la vida me hiera,
¿a dónde buscar tu cara,
si ahora ya tienes polvo
hasta dentro de mi alma?

Tierra, tú guardas sus huesos:
¡yo no guardo ni su forma!
Tú le vas echando flores;
¡yo le voy echando sombra!

LOS HUESOS DE LOS MUERTOS

Los huesos de los muertos
hielo sutil saben espolvorear
sobre las bocas de los que quisieron.
¡Y éstas no pueden nunca más besar!

Los huesos de los muertos
en paletadas echan su blancor
sobre la llama intensa de la vida.
¡Le matan todo ardor!

Los huesos de los muertos
pueden más que la carne de los vivos.
Aun desgajados hacen eslabones
fuertes, donde nos tienen sumisos y cautivos!

CANCIONES EN EL MAR

I.—El barco misericordioso

Llévame, mar, sobre ti, dulcemente,
porque voy dolorida.
¡Ay! barco, no te tiemblen los costados,
que llevas a una herida.

Buscando voy en tu oleaje vivo
dulzura de rodillas.
Mírame, mar, y sabe lo que llevas,
mirando a mis mejillas.

Entre la carga de los rojos frutos,
entre tus jarcias vívidas
y los viajeros llenos de esperanza,
llevas mi carne lívida.

Más allá volarás con sólo frutos,
y velas desceñidas.
Pero entre tanto, mar, sobre este puente
mecerás a la herida.

II.—Canción de los que buscan olvidar

Al costado de la barca
mi corazón he apegado,
al costado de la barca,
de espumas ribeteado.

Lávalo, mar, con sal eterna;
lávalo, mar, lávalo mar,
que la Tierra es para la lucha
y tú eres para consolar.

En la proa poderosa
mi corazón he clavado.
Mírate barca que llevas
el vértice ensangrentado.

Lávalo, mar, con sal tremenda,
lávalo mar, lávalo mar.
O me lo rompes en la proa
que no lo quiero más llevar.

Sobre la nave toda puse
mi vida como derramada!
Múdala, mar, en los cien días
que ella será tu desposada.

Múdala, mar, con tus cien vientos.
Lávala, mar; lávala, mar,
que otros te piden oro y perlas,
y yo te pido el olvidar!

III.—Canción del hombre de proa

El hombre sentado a la proa,
el hombre con faz de ansiedad,
¡qué ardiente navega hacia el Norte;
sus ojos se agrandan de afán!

Los rostros que yo amo, los míos,
quedaron atrás,
y mi alma los teje, los borda
encima del mar.

El hombre que piensa en la proa
padece de ansiar.
¡Qué lento que avanza su barco
y vuela fugaz!

Y mi alma quisiera la marcha
tremenda quebrar,
¡que todos los rostros que amo
se quedan atrás!

Al hombre que sufre en la proa,
el viento del mar
le anticipa los besos que espera,
y arde de ansiedad.

Pero el viento del Norte
¡qué beso pondría en mi faz,
si los rostros que amo
quedaron atrás!

El viajero de proa me dice:
¿Qué vas a buscar,
si en la tierra no espera la dicha?
¡No sé contestar!

Me llamaba en mis costas inmensas
la lengua del mar,
y en mitad de la mar voy llorando,
caída la faz!

SERENIDAD

Y después de tener perdida
lo mismo que un pomar la vida,
—hecho ceniza, sin cuajar,—
me han dado esta montaña mágica,
y un río y unas tardes trágicas
como Cristos, con qué sangrar.

Los niños cubren mis rodillas;
mirándoles a las mejillas
ahora no rompo a sollozar,
que en mi sueño más deleitoso
yo doy el pecho a un hijo hermoso
sin dudar...

Estoy como el que fuera dueño
de toda tierra y todo ensueño
y toda miel;
¡y en estas dos manos mendigas
no he oprimido ni las amigas
sienes de él!

De sol a sol voy por las rutas,
y en el regazo olor a frutas
se me acomoda el recental:
tanto trascienden mis abiertas
entrañas a grutas, y a huertas,
y a cuenco tibio de panal!

Soy la ladera y soy la viña
y las salvias, y el agua niña:
¡todo el azul, todo el candor!
Porque en sus hierbas me apaciento
mi Dios me guarda de sus vientos
como a los linos en la flor.

Vendrá la nieve cualquier día;
me entregaré a su joya fría,
(fuera otra cosa rebelión).
Y en un silencio de amor sumo,
oprimiendo su duro grumo
me irá vaciando el corazón!

PALABRAS SERENAS

Ya en la mitad de mis días espigo
esta verdad con frescura de flor:
la vida es oro y dulzura de trigo,
es breve el odio e inmenso el amor.

Mudemos ya por el verso sonriente
aquel listado de sangre con hiel.
Abren violetas divinas, y el viento
desprende al valle un aliento de miel.

Ahora no sólo comprendo al que reza;
ahora comprendo al que rompe a cantar.
La sed es larga, la cuesta es aviesa;
pero en un lirio se enreda el mirar.

Grávidos van nuestros ojos de llanto
y un arroyuelo nos hace sonreir;
por una alondra que erige su canto
nos olvidamos que es duro morir.

No hay nada ya que mis carnes taladre.
Con el amor acabóse el hervir.
Aun me apacienta el mirar de mi madre.
¡Siento que Dios me va haciendo dormir!

(Del tomo *Desolación*, Santiago de Chile, 1923).

Miércoles de Ceniza

Te signa el bueno y grave de mi señor el Cura
con el polvo añorante de la tierra florida,
enorme madre pródiga que todo lo depura,
que una vida cercena para dar otra vida.

Traza sobre tu blanca frente la cruz obscura
con temblores seniles que evocan la partida,
y su mano es cual una mariposa en la pura
corola delicada de tu faz encendida.

¿Te rebelas? Advierte que tu belleza es humo,
que nuestra vida es sólo un efímero grumo
y nuestra carne frágil es un préstamo apenas.

No pienses en tus formas; paga lo que debemos,
pues si de esas entrañas salimos a esas buenas
entrañas tornaremos...

EDMUNDO VELÁSQUEZ.

San José, Costa Rica.

Peligro en tocar las lámparas eléctricas...

(*Viene de la página 376*).

se refieren respectivamente a las medidas hechas con orina fresca, una solución de jabón de potasa, lechada de cal, una solución de sal de cocina, vino, una solución de jabón de sosa, agua ordinaria, agua destilada y alcohol de 90°.

Se ve que para la orina fresca, el valor inicial de la tensión es el más elevado (76 v.), y este hecho merece llamar la atención, pues el sudor que las manos depositan en las ampollas eléctricas, tiene una composición parecida a la de la orina. Observemos también el rápido ascenso de la curva de la lechada de cal (nº 3). La tensión observada es ya de 132 v. a 40 milímetros del casquillo.

Estas medidas se han repetido en distintas condiciones, y han conducido siempre a los mismos resultados generales: a saber, que ciertos líquidos presentan todavía a notables distancias del casquillo, y aunque se hallen extendidos en capas muy finas, tensiones relativamente elevadas, y hacen peligroso el tocar la ampolla.

Naturalmente, estos líquidos habrían suministrado, después de evaporación, tensiones mucho menos elevadas. Por otra parte, se han observado en este caso las desviaciones progresivamente decrecientes del vóltmetro, que llegaban a ser prácticamente nulas cuando la evaporación era completa. Pero tan luego como el vapor de agua se ponía en contacto con la ampolla, la tensión ascendía, y el aliento era bastante para hacerla subir unos treinta volts. El peligro subsiste, pues, en parte, aun cuando las materias esparcidas sobre el vidrio de la lámpara estén secas.

(*Ibérica*, Tortosa).



Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica

CONTENIDO DEL TOMO SIETE

AUTORES Y ASUNTOS